

de su mensaje y se propone que el poeta de Ascra trataba de mejorar su mundo por medio de exhortaciones a la justicia que, según él, regía tanto a los hombres como a los dioses. Esta justicia consistía en que cada quien cumpliera con la función que la sociedad le había asignado (los reyes, haciendo juicios rectos y los campesinos, trabajando consciente y oportunamente) y siguiera los preceptos divinos fijados por Zeus (como la justicia y el trabajo). Vianello hace énfasis en los nexos de este poema con la realidad beocia, de la que Hesíodo participaba.

Hesíodo fue uno de los principales y sin duda el más lúcido de los testigos del surgimiento de la *polis* —base de la civilización griega clásica— y el primer expositor de la ideología que expresaba los intereses de los ciudadanos comunes: pequeños terratenientes y pequeños productores de mercancías. La doctora Vianello ha hecho una buena traducción de su obra y la ha estudiado desprejuiciadamente, es decir, atenta a la vinculación de Hesíodo con su propia época, vinculación que da la clave de la explicación tanto de la obra hesiódica como de la importancia que ha tenido en la historia de la cultura europea y universal.

Este ha sido, pues, un empeño digno de la obra de Hesíodo.

RICARDO MARTÍNEZ LACY.

HERÓDOTO, **Historias**, introducción, versión y notas de Arturo Ramírez Trejo, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1976, 3 vols., CLVII + 323 pp. (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana).

Traducir las *Historias* de Heródoto es no sólo una tarea grande, sino inmensa. Y si a eso se agrega un intento de valorar el significado histórico de la obra, el trabajo adquiere proporciones monumentales.

Como tal, en efecto, debemos calificar la labor realizada por Arturo Ramírez Trejo, connotado helenista mexicano, quien nos ofrece una traducción exacta del texto herodoteo, ampliamente

anotada, y un magnífico ensayo introductorio en el cual saca a la luz el significado histórico del autor y de su obra.

Aunque el mismo Ramírez reconoce que la información recogida en la obra de Heródoto “es tan vasta y tan varia, que sólo la lentitud de los siglos y el pensamiento de las generaciones desentrañará trabazón, el contenido y el significado de sus investigaciones en la historia de los pueblos” (p. vii), él desea ofrecernos una valoración correspondiente.

De antemano se nos advierte que Heródoto no ofrece conceptos formulados, que su pensamiento histórico no está abiertamente expuesto, sino implícito en los nexos establecidos entre los acontecimientos. Ramírez considera que el pensamiento histórico de Heródoto se halla precisamente en la estructuración de la obra, pues la trabazón de las narraciones suponen un contenido y éste un pensamiento en el escritor, considerado el Padre de la Historia, no porque haya sido el primero en consignar por escrito los acontecimientos —que no lo fue— “sino por haber concebido la historia en formas de pensamiento” (p. ix).

Esta aseveración de Ramírez requiere de una mayor explicación. Antes de Heródoto la historia era teocrática y mítica. Con esto nos referimos a que se narraban una serie de hechos conocidos, para información de las personas que los desconocían, en los cuales aparecían acciones humanas, pero siempre con la participación de un dios. En el mito el elemento humano estaba totalmente excluido, tratándose de eventos no fechables en el pasado. Este tipo de historias —teocrática y mítica— dominaron el Cercano Oriente hasta el surgimiento de la historia griega, la cual dejó de ser leyenda para volverse investigación en un pasado ya no remoto, sino fechable. Ahora bien, este tipo de historia investigada, esto es, de historia como ciencia, no es connatural a la mente griega sino que nace en el siglo v con Heródoto.

La grandeza de este historiador reside en haber destacado el pensamiento científico dentro de una tendencia general del pensamiento griego que podemos denominar antihistórica, porque implicaba la posición de que sólo lo que no cambia puede conocerse. Y así, como dice Collingwood, “la historia es una esperanza

perdida, un intento de saber lo que siendo transitorio, es inco-nocible”.¹

Sin embargo, el pensamiento de Heródoto, con ser novedoso y significar un paso hacia el pensamiento científico, no es siempre completamente racional por estar limitado al testimonio oral o de propia vista, como veremos más adelante. Y si bien Heródoto busca distinguir la verdad de la ficción mediante una preocupación consciente y constante, está interesado en los acontecimientos mismos y no busca, como Tucídides, las leyes por las cuales se rigen tales acontecimientos.

El amplísimo estudio introductorio que nos ofrece Arturo Ramírez Trejo acompañando a su traducción de las *Historias* y que culmina con una bibliografía que da cuenta de lo más sobresaliente en relación a Heródoto y su obra; comprende ocho capítulos, desglosados de la siguiente manera:

- I. *Nota preliminar*, donde se señala la validez de la aproximación a Heródoto y su valor como clásico (p. VII-IX).
- II. *Apuntamientos biográficos*. Comprenden éstos: lugar de nacimiento, fecha, enumeración de los sitios visitados por Heródoto y una posible causa de sus innumerables viajes. Termina con una conjetura sobre la posible fecha de su muerte (p. IX-XXI).
- III. *Testimonios de la historia*. En este capítulo se mencionan las fuentes a que recurrió Heródoto para componer su obra (pp. XXI-XLI).

Éstas son: indirectas, obtenidas de los logógrafos, poetas y oráculos; y directas, mediante información oral o de propia vista.

De los primeros historiadores o logógrafos —Hecateo de Mileto, Xarón de Lampsaco, Xanto y otros todavía más antiguos—, Herodoto toma las complicaciones geográficas o genealógicas, pero “penetrando en el contenido humano de la geografía y de la biografía” (p. XXIX). Por su parte, los poetas son para Heródoto más referencias de erudición que testimonios históricos. En su obra encontramos citas de Arquíloco, Homero, Hesíodo, Safo, Pín-

¹ R. G. Collingwood, *The Idea of History*. Oxford Paperbacks, 1961, p. 28.

dar, Anacreonte, Alceo, Simónides de Ceos, Solón y Frínico. Esto se debe a que en la antigüedad la historia debía tener en cuenta las normas literarias y el historiador estaba preocupado tanto por el contenido como por el estilo, ya que la antigua historia era una rama de la literatura, por lo cual las obras que carecían de cualidades literarias no sobrevivieron.

Todas las fuentes escritas: logógrafos, poetas, oráculos, forman en conjunto un acervo considerable de información y un testimonio principalmente para el periodo epicomítico de la historia.

Pero la máxima prueba a la que recurre el historiador es la de la vista y la de la viva voz, siendo el contacto personal la mejor fuente de información y la mejor comprobación que pudo haber hallado Heródoto.

Ahora bien, el historiador recoge su información de aquellos hombres con cierta autoridad en la tradición histórica de su pueblo, ya fueran los sacerdotes de los templos, ya los oráculos o algunos otros santuarios o personas relacionadas con el oráculo; y fuera de la tradición sacerdotal, de los hombres concedores (*logios aner*), cultos, doctos, eruditos, pero sobre todo “versados en la historia de los pueblos” (p. xxxix).

IV. En el cuarto capítulo, relativo a los *Criterios históricos* empleados por Heródoto para elaborar sus *Historias*, Ramírez menciona los tres siguientes:

a) *Criterio selectivo*, según el cual el historiador busca los testimonios que lo llevarán al descubrimiento del significado de los acontecimientos humanos.

Arturo Ramírez afirma que Heródoto no pudo determinar de antemano lo que habría de ser su investigación y, mucho menos, los criterios que habrían de normarla. Partiendo, pues, de la simple información, una vez que tuvo conocimiento suficiente de lo que acaecía en los pueblos, nació en él la inquietud por investigar el significado histórico de la historia de los pueblos con los que entraba en contacto.

b) Cada dato adquiere un determinado valor histórico a la luz del segundo criterio, el de *apreciación*, conforme al cual Heródoto inserta cada elemento en el curso de la narración conjunta. A

través de su propio juicio, cada relato, con el peculiar significado que cada pueblo le da, es proyectado a la supervivencia histórica. El historiador busca siempre conservar su independencia de juicio en medio de la traición. Y para formar su juicio Heródoto confronta su propia opinión con otras, o las critica. No admite ni afirma las cosas arbitrariamente y declara haber procurado siempre obtener información suficiente (II, 19. 29. 34; IV, 16. 81; VII, 60; VIII, 128. 133; IX, 84), o bien, declara su ignorancia (III, 116; IV, 53; V, 66).

c) Ahora bien, toda la información obtenida por Heródoto fue trabajada por él según un tercer criterio, el del *enfoque*, que fue guía en la estructuración y realización de las *Historias*.

Concluye Ramírez este capítulo con la observación de que estos tres criterios no fueron establecidos en forma expresa por el autor, sino que se hacen patentes en la lectura y análisis de la totalidad de la obra (p. XLVI).

V. En el quinto capítulo, al cual se intitula *Actualidad herodotea*, Arturo Ramírez hace mención de la posición que los críticos han tomado en relación con la obra de Heródoto.

Para unos, las *Historias* no son más que una compilación de información unida a personas y hechos, en digresiones y episodios sin cuento; otros reconocen un contenido que determina la estructuración de la obra, así como criterios del autor para ordenar el material informativo, los cuales dan unidad y sentido a la obra herodotea. Se nos ofrece también aquí la división que algunos críticos han hecho de las *Historias*, con base en la concepción que de ellas expresan.

En las páginas finales de este capítulo Ramírez resume lo ya dicho por él anteriormente sobre el valor de Heródoto al consignar la historia como fruto de investigación y no sólo de información, y sobre los tres pasos seguidos por él para la realización de su investigación histórica, resaltando cómo "lo que primero es biograficoheroico desemboca en socialhistórico y politicohistórico. El mito heroico de los reyes conduce a la situación histórica de los pueblos y este desenvolvimiento explica el porqué de la aparente incoherencia de la narración" (p. LXIII).

VI. En el sexto capítulo Arturo Ramírez funde en una sola exposición tanto la síntesis como el significado histórico de cada una de las partes de la obra de Heródoto, porque, como ya antes dijo, considera que “éste formula un pensamiento histórico en la exposición de la historia misma” (p. LXVII).

Todo lo que Ramírez desarrolla en ocho partes como contenido e interpretación de las *Historias*, lo ofrece como resumen —al cual denomina “conspecto”— de la obra en el capítulo siguiente, junto con la explicación del proemio al cual juzga él más como un epílogo que como un prólogo, y por ello lo explica una vez que ha analizado toda la obra.

Estimo que es más claro para el lector, en una primera aproximación a las *Historias*, examinar primero la división de la obra y luego la interpretación de cada parte, por lo cual invierto en la exposición el orden seguido por Ramírez en su introducción.

VII. *Conspecto de la obra*. Con el término latino Arturo Ramírez quiere ofrecer de forma esquemática el contenido de las *Historias*, conforme a la división que de ellas ha efectuado. Ésta queda de la siguiente forma:

1. Enunciado el pensamiento histórico de Heródoto (Proemio, I, 1-5).
2. Cresos. *Fatalidad histórica*. La historia épica y profética —Lydia, I, 6-56, 70-94— y la liberación del hado fatal —Atenas, lacedemonia, I, 56-69.
3. Ciro. *Necesidad histórica*. La historia determinada por condiciones de naturaleza (I, 95-216).
4. Amasis. *Naturalismo histórico*. En Egipto la naturaleza humana hace la historia estableciendo un orden de naturalezas (II, 1-182).
5. Cambises. *Absolutismo histórico*. El señorío del hombre en la historia, ejercido sin sabiduría (III, 1-38; 61-66). Polícrates, el paralelo entre los griegos (III, 39-60; 120-125).
6. Darío. *Independencia histórica*. La lucha por fincar en la justicia, la soberanía de los pueblos y la libertad de los hombres. En el pueblo persa (III, 66-160); en Ecsythia (IV, 1-

- 144); en Cirene (IV, 145-205); en el Helesponto, en Tracia, en Macedonia (V, 1-27).
7. *Contestación histórica*. Se finca la lucha por la libertad (V, 28-96); primera tentativa: sublevación jonia (V, 97-VI, 32). Atenas se mantiene firme (VI, 33-40). Brotes democratizantes (VI, 41-43). Turno persa (VI, 43-48). Reacción y situación de Grecia (VI, 49-93). Acción persa (VI, 94-101). Acción conjunta, Maratón (VI, 102-119). Apología y elogios atenienses (VI, 120-140). Signo histórico (VII, 1-4).
8. Jerjes. *Verdicto pro mundo*. Contienda bélica definitiva en la causa de la historia (VII, 5-105). Avanza el persa (VII, 106-131). Unificación y preparación griega (VII, 132-177). Invasión persa y apostamiento griego (VII, 178-206). Batalla de las Termópilas (VII, 207-239). Choques en Artemisio (VIII, 1-39). Batalla de Salamina (VIII, 40-95). Trascendencia histórica de Salamina (VIII, 96-144). Reacción persa (IX, 1-16). Los griegos tras los persas (IX, 17-25). Batalla de Platea y su significado histórico (IX, 26-89). Mycala y la liberación jonia (IX, 90-107). La alegoría de Jerjes (IX, 108-113). Sestos y la justicia en la causa de la historia (IX, 114-121). El pensamiento de Heródoto (IX, 122).

Visto el esquema del contenido de las *Historias*, me referiré ahora a la interpretación que Arturo Ramírez da a cada parte en el capítulo VI.

En el Proemio de sus *Historias*, Heródoto asienta que expondrá la causa por la cual guerrearon persas y griegos y atribuye a Creso el origen de la discrepancia, porque fue el primero que comprometió al pueblo griego afectando su libertad al exigirle tributo.

Ahora bien, para entrar de lleno a exponer esta contienda greco-persa, Heródoto narra primeramente la historia del poderío

del reino de oriente que dio origen al imperio persa iniciado por Ciro y continuado por Cambises, Darío y Jerjes.

Conforme se va tejiendo la narración de las *Historias*, que parecen ser inicialmente las del pueblo persa, el griego va cobrando importancia y poco a poco se van determinando las circunstancias que obligaban al enfrentamiento de ambos.

Arturo Ramírez denomina a éstas la “causa de la historia”, que él cifra en el anhelo de libertad de los hombres: por eso los griegos se rebelan contra los persas.

La primera división que efectúa Ramírez de la *Historias* se denomina *Fatalidad histórica* (I, 6-94) porque es el hado el que marca el curso de los acontecimientos (p. LXXIII), cuando se cumple en Cresos el oráculo que había vaticinado a Gyges, soberano de Sardes, la fatalidad hacia la quinta generación.

Entretrejida con la narración de Cresos, Heródoto presenta el marco griego de esta época profética, refiriéndose a Atenas y a Esparta (Lacedemonia). De la historia de ambas expone sólo los factores definitivos: Atenas: la lucha entre la tiranía y la libertad (I, 56-64); Esparta: la legislación, las instituciones guerreras (I, 65-69), datos que conformarán las características esenciales de cada una y que posteriormente Heródoto manejará más ampliamente.

Concluido el relato sobre Cresos, Heródoto empieza el que se refiere a Ciro y a la forma como adquirió poder. A esta parte de las *Historias* la llama Ramírez *Necesidad histórica* (I, 95-216), “pues una necesidad que arrastra en su curso y determina el suceder de los acontecimientos, envuelto en los cuales el hombre mismo es también arrastrado por las incontenibles fuerzas de la naturaleza” (p. LXXXIV), En este caso Ramírez interpreta la naturaleza más que como el mundo físico que impone condiciones, como la esencia personal: “la ambición, la crueldad, la insensatez, las costumbres, el renombre y la fuerza de las armas”, todo lo cual llevó a Ciro a una serie de campañas, pareciendo en feroz batalla con los masagetas (I, 214).

El pueblo griego no tiene cabida en esta parte de las *Historias* más que como un punto de comparación en lo relativo a costumbres religiosas (I, 131) o de educación (I, 155) y, como dice

Ramírez, mediante estos pasajes “se mantiene viva la presencia de los griegos en las *Historias* y en la contienda histórica” (p. LXXXV).

Naturalismo histórico (II, 1-182) intitula Ramírez a la tercera división que hace de la obra herodotea, por considerar que al hablar Heródoto tan profusamente de la naturaleza de Egipto—su geografía, sus costumbres pasadas y presentes, su religión: dioses, ritos, su cultura, astrología, medicina y hasta su historia—“tenía en mente progresar en la investigación de cómo la naturaleza condiciona las costumbres y, por ende, la historia de los hombres” (p. LXXXV-VI).

En este caso, dice Ramírez, la naturaleza “no será una necesidad determinante sino un recurso para que el hombre dirija los acontecimientos y no vaya a la zaga de los mismos. En otras palabras, el hombre no habrá de sufrir la historia, sino que será el realizador de la misma” (p. LXXXVI).

El hombre al que se alude aquí es Amasis, soberano de Egipto. Pero Heródoto se siente forzado a contar la historia del país en los aspectos enunciados por mí anteriormente, para que se entienda la lucha que surgirá entre Egipto y Persia, cuyo reino heredó Cambises.

A lo largo del relato egipcio Heródoto no ha perdido de vista al pueblo griego, señalando semejanzas y diferencias entre uno y otro pueblo, “para ir poco a poco estructurando la base de la grandiosidad de su pueblo griego” (p. XCIC) que se constituirá en el centro de las *Historias*.

Amasis gobierna con equilibrio y sabiduría y lleva a la prosperidad a su pueblo, pero no puede escapar a las contiendas que surgen por la insensatez de otros gobernantes. Y sufre el combate del pueblo persa, cuando su soberano Cambises quiere vengarse del egipcio por no haberle entregado en matrimonio a su hija.

Esta fase de la historia da cabida a la cuarta división de Ramírez, denominada *Absolutismo histórico* (III, 1-38; 61-66), por estar sometidas las leyes y los pueblos a la voluntad absoluta de un tirano.

En esta parte del relato se narran no sólo la historia del persa Cambises, sino también la del griego Polícrates quien sublevándose se apoderó de Samos (III, 39), pero se comportó con absolutismo.

Es importante señalar cómo desde el primer tercio de sus *Historias*, Heródoto revela la esencia de su pensamiento histórico: la lucha de los pueblos por la libertad, frente a la tiranía. Esto se deja sentir en la forma como relaciona las narraciones de Cambises y Polícrates, las cuales, sin tener ningún nexo cronológico, se agrupan para representar una fase de la historia: el absolutismo, que llevará al anhelo de libertad de los pueblos bajo él sometidos.

Ya desde este momento entran en íntima relación el pueblo griego y el persa, mediante el relato Polícrates-Cambises; y el que hasta ahora había sido tratado de manera tangencial a la historia persa, empieza a cobrar importancia en ella, aunque sólo sea en la relación del absolutismo de ambos soberanos.

Esta actitud inicia “el caos en la historia de los pueblos” (p. cví) y las sublevaciones como anhelo de justicia.

Ya la llegada de Darío al poder responde a este anhelo, cuando los persas desean vengarse del soberano impostor Esmerdis (III, 70) y establecer orden en el gobierno del pueblo.

Este periodo da lugar a la quinta división que hace Ramírez, a la cual denomina *Independencia histórica* (III, 66-V-27), que va a referir a un nuevo concepto en la libertad de los pueblos, “en la que no solamente un pueblo es libre en su propia soberanía, sino que cada uno de los hombres del pueblo goza de la libertad que en épocas anteriores no había conocido” (p. cxv-xvi).

El relato de la historia de Darío comprende sus campañas con otros pueblos, cuyas costumbres y fronteras son descritas ampliamente por Heródoto, con la finalidad, dice Ramírez “de establecer los confines del mundo etnicogeográfico de la época y mostrar a los persas en el centro y a todos los demás vinculados a ellos” (p. cxii-iii).

Sin embargo, aunque Darío surge en un principio como el paladín de la soberanía de los pueblos y de la libertad de los hombres al despojar el poder del absolutismo, conforme se ensancha el poderío persa para poner bajo su férula a todos los pueblos incivilizados y sin orden, el propio Darío da cabida a una nueva lucha entre ellos. Con ésta se buscará la independencia y la abolición de la esclavitud y aquí el pueblo griego adquirirá especial trascendencia.

Una sublevación jonia en el Asia Menor, apoyada por los griegos del continente, aunque finalmente sometida por los persas (VI, 20-32), da lugar a la confrontación grecopersa, ya que Darío no ve otra alternativa que atacar en su propio territorio a los griegos que amenazan su poder.

Los persas llegan hasta el Helesponto, Tracia y Macedonia (V, 1-27) y provocan la confrontación directa con el pueblo griego que no estaba dispuesto a someterse al invasor persa, sino que deseaba preservar su independencia, la cual significa, dice Ramírez, “contienda, lucha por exterminar la violencia de cualquier despotismo y por establecer la soberanía de los pueblos y la libertad de los hombres en la sabiduría y la justicia” (CXXXVII).

Esta fase de las *Historias* encuentra cabida en la sexta división que efectúa Ramírez, a la cual llama *Contestación histórica*, aludiendo a la disputa de los dos pueblos. Ramírez incluye aquí la primera fase de la guerra greco-persa (V, 28 a VII, 4), con la aparición de Jerjes.

Muerto Darío y detenida la invasión persa, se suspenden las hostilidades por cuatro años, durante los cuales el sucesor persa, Jerjes, prepara un ejército imponente para conquistar a los griegos quienes, para los persas, representaban un obstáculo en su desarrollo (VII, 46-53). Pero los griegos iban a luchar por una causa, la libertad, en virtud de la cual se unieron por primera vez en su historia para enfrentarse al invasor.

Aquí se señala una profunda diferencia en la lucha de ambos pueblos: para el persa, conquistar Grecia significaba ampliar un imperio; para el griego, luchar por un ideal, la libertad de los pueblos, a cuyo frente él mismo se colocaba como símbolo.

Por eso, cuando Jerjes triunfó en las Termópilas, venciendo a un número inferior de espartanos, no sabía qué hacer con la victoria “pues mientras los caídos tenían un significado histórico trascendente, la victoria carecía de sentido” (p. CLIII).

Y era tal la fuerza que sentían tener los griegos frente a la injusta invasión, que lograban infligir la derrota al persa: Jerjes con graves penalidades —hambre, enfermedad y muerte— se retira vencido. El motivo de la fuerza de los atenienses y sus aliados se esboza ya al principio del libro V, al hablar Herodoto de por

qué el pueblo tracio, “siendo el más grande de todos los hombres”, carecía de fuerza, por no existir en él unidad de gobierno y de pensamiento (p. cxxxv).

Esta idea se expresará más claramente en un discurso pronunciado por uno de los persas en Tebas, tras la retirada de Atenas (IX, 16). Con sus palabras el persa deploraba la ruina a que su pueblo había sido llevado. “Con ánimo religioso se aceptaba como un destino proveniente de la divinidad e inevitable para el hombre persa. Pero en la realidad, el pueblo persa había llegado a un desaliento tal que ninguna fe tenía ya en posibilidad alguna de libertad” (p. CLVIII). Ramírez comenta: “Por tanto, la violencia privaba al pueblo persa de libertad y de la esperanza de la misma; se creaba así una situación histórica que aniquilaba a un pueblo y a sus hombres” (*ibid.*).

En contraste, el pueblo ateniense, con una pobreza connatural (VII, 102), tenía la fuerza de un ideal: el de la libertad, el cual culminó en la segunda sublevación jonia (IX, 91-105), con la derrota final de los persas. Y así los atenienses “fueron para el mundo el signo de la grandeza histórica en la soberanía de su pueblo y en la libertad de sus hombres” (p. CLXVII).

Terminada la interpretación de las *Historias*, junto con el *concepto* de las mismas, Arturo Ramírez ofrece en el capítulo VII el sentido del proemio, que es para él enunciado del pensamiento histórico de Heródoto.

“En efecto, hace una relación de la información reunida y una exposición o demostración del hallazgo obtenido, una exposición de la investigación. No relata, pues, los solos acontecimientos, hechos del dominio común en su realización misma, sino el contenido hallado en la exploración de tales sucesos. . . Así pues, su investigación es un paso hacia lo escondido en el suceder de los acontecimientos” (p. CLXVIII).

El significado histórico de los hechos está para Ramírez en la frase “por qué causa guerrearon” (p. CLXX). “Es, pues, la causa de la historia, surgida en la injuria a la libertad de los hombres y a la soberanía de los pueblos y que en las *Historias* tiene radiación, contestación y veredicto” (p. CLXVII).

VIII. *Las historias aquende la criba y el crisol*

En este capítulo Arturo Ramírez considera cinco temas.

1. En el primero da noticias sobre el texto griego, del cual existen en la actualidad ocho manuscritos, cuya datación va del siglo x al xvi, siendo la primera edición la de Lorenzo Valla, en latín, realizada en Venecia en 1474, adelantándose a la edición *princeps* griega de Aldo Manuci, también en Venecia, en 1502.

Dentro de este mismo tema ofrece una consideración sobre la lengua que aparece en las *Historias*, aspecto que volverá a tocar en el tercer tema. Dice Ramírez que ésta es muy semejante a la de varios escritores, sobre todo poetas, lo que hace pensar en un lenguaje literario, diferente del utilizado en el habla común (p. LXXVI).

2. El segundo tema trata la división de las *Historias*, conceptuando la actual —en libros y capítulos— como artificial y debida quizás a algún escritor del siglo iii a.C. La fragmentación en capítulos procede de la edición de Jungermann (Frankfurt, 1608), y la designación de los libros con los nombres de las musas proviene en primer término de Luciano (siglo ii d.C.), aunque Pausanias, del mismo siglo, nunca hace referencia a esta división, sino a pasajes concretos (p. CLXXVII).

3. En un tercer tema Arturo Ramírez se refiere a la ciencia, lengua y estilo de las *Historias*.

A través de los siglos Heródoto ha sido criticado en cuanto al aspecto científico de su obra: veracidad, autenticidad, originalidad, lo mismo que en el literario: lingüística, estilística.

En el primero de ellos se ha considerado que satisface las exigencias de la ciencia histórica, pues “constata la autenticidad de los hombres y de los pueblos en la verdad de los hechos; y en el relato histórico recoge la experiencia que da al hombre un conocimiento cada vez más perfecto de sí mismo” (p. CLXXVIII).

Al hablar del aspecto literario de la obra, por lo que se refiere a la lengua y el estilo, Ramírez afirma que Heródoto utiliza los de la conversación, creando “un hipérbaton duro y fraseología llena de incisos, con abundancia de aparentes anacolutos, reflejo del entrecortado lenguaje vivo” (p. CLXXVIII). El vocabulario que

utiliza es predominantemente jónico en la fonética y morfología, debido a que tradujo “a la expresión griega más cercana” los testimonios provenientes de pueblos no griegos: persas, egipcios, árabes, escitas, etcétera (*ibid.*).

4. *Proyección de Heródoto.* Aquí Ramírez habla del largo abandono de los estudios sobre Herodoto por parte de los escritores de habla hispana. En lengua española lo más notable ha sido la traducción de Bartolomé Pou, aparecida en Madrid en 1846 y reimpressa muchas veces, siendo la más reciente edición hecha en México la que aparece en la colección “Sepán Cuantos...”, prologada por Edmundo O’Gorman. Asimismo se da cuenta en este apartado de algunos destacados trabajos modernos en España sobre este autor.

5. El último tema considera la *versión literal*.

Bien afirma Ramírez que “nunca una traducción de Heródoto se identificará con el original”, pues cada una de las realizadas reflejará unos aspectos, pero carecerá de otros. Casi siempre una traducción satisface las exigencias del momento en que aparece, por ello es justificable elaborar nuevas versiones de un clásico.

La traducción de Arturo Ramírez, según sus propias palabras, “busca ser literal hasta en los matices, siendo criterio básico el lenguaje de la conversación en que Herodoto recogió los testimonios vivos de la historia” (p. CLXXXI).

En la grafía de los nombres antiguos hizo una transcripción de aquellos menos usados, “pues muchos de ellos son ya transcripción al griego y no deben sufrir más transformaciones”.

Para mantener el estilo de conversación de las *Historias*, Ramírez busca dar a cada vocablo el matiz correspondiente al griego. Así, *φρενοβλαβής* es traducido por “mentecato” (II, 120); o busca expresiones equiparables a las del original: *μάλιστα κη*, “más o menos” (II, 96). En cuanto al uso de tiempos y modos, dice, procuró emplear en castellano los gramaticalmente correspondientes al texto griego, y sólo varió la forma castellana para ofrecer una que diera mejor el sentido de la griega, “traduciéndose entonces el valor y no la forma verbal, especialmente de los tiempos históricos” (*cf.* I, 129). Procuró la versión literal de periodos y capítulos, aun en pasajes que presentan cierta confusión (I, 180;

II, 96; IX, 100), porque con ello el traductor busca “dar con autenticidad Herodoto a nuestro tiempo”, conservando la expresión y la textura del original a través del lenguaje común o coloquial.

Para interpretar algunos pasajes o para señalar hechos lingüísticos o formas peculiares, se ofrece una nota al griego. Éstas, afirma Ramírez, “sólo abundan en erudición para mejor comprender el texto y la narración” (p. CLXXXIII).

La objeción que podría hacerse a una versión tan literal de un texto es vista ya por el propio traductor, quien reconoce en este estilo de traducción una redacción castellana bastante pesada, “pues las características del texto de Heródoto son muy burdas frente a la evolucionada y pulida literatura actual”. Sin embargo, dice él mismo, “un lenguaje tal exige ser leído con atenta lentitud, concentración y reflexión; el lector logrará así mayor penetración en el relato y en su contenido. Tal es Heródoto: no estilísticamente bello, pero hermosamente humano” (p. CLXXXIII).

LOURDES ROJAS ÁLVAREZ.

LISIAS, Sobre el asesinato de Eratóstenes. Defensa, introducción, traducción y notas de Paola Vianello de Córdoba, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1980, CLIII + 9 pp. (Cuadernos del Centro de Estudios Clásicos, 11).

El presente volumen comprende, aparte del texto original griego y su traducción (9 páginas respectivamente), un breve prólogo, lista de abreviaturas, introducción (68 páginas) y un aparato de notas (38 páginas de notas al texto griego y 36 páginas de notas al texto español).

En el prólogo la autora hace hincapié en el carácter didáctico de su estudio: éste quiere brindar ayuda real a la persona dispuesta a enfrentarse con un texto clásico en los niveles gramatical, literario y cultural.

La introducción propiamente dicha contiene los siguientes capítulos: